

Varios autores, *Estudios Mexicanos: historia, arte y literatura*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Enseñanza para Extranjeros, 2009-2015.

Luz América Viveros Anaya

En las siguientes líneas me referiré a la sección de Literatura de los volúmenes que recientemente vieron completada la colección con la aparición del quinto tomo, en los que se hace un recorrido desde la época prehispánica hasta finalizar el siglo XX. Estos libros tuvieron su origen en el Diplomado en Estudios Mexicanos, proyecto interdisciplinario que vincula los contenidos temáticos de los rubros de historia, arte y literatura para ofrecer una visión general y compleja de la cultura mexicana.

El sistema literario, como parte de una red de sistemas que explican una cultura –en este caso, la mexicana–, difícilmente puede comprenderse de forma independiente a los otros sistemas: artístico, histórico, científico, político, etcétera. Creado y nutrido entre tensiones y acuerdos, liderazgos y polémicas, imitaciones y parricidios, retos y vueltas a la tradición, no puede pensarse como “caso cerrado” del que ya se dio cuenta, de una vez por todas, acerca de sus características y configuración.

La base de toda exposición incluso didáctica en su sentido más enciclopedista, además de una atenta lectura de las obras, autores, periodos, movimientos, grupos, cánones y estéticas a exponer, requiere de una revisión a fondo de la bibliografía crítica más relevante –los clásicos– y de la más actualizada. También de una visión de conjunto que sólo da el trato cotidiano con los materiales literarios, así como de la renovación de la mirada desde perspectivas teóricas antaño inexistentes. Éste fue uno de los grandes retos de este recorrido por la literatura mexicana, y sobre eso enfocaré la mayor parte de mis comentarios.

El segundo reto es el tipo de público al que va dirigido: público en general, no especializado e incluso proveniente de culturas extranjeras –público ideal del Diplomado en Estudios Mexicanos–; todo editor sabe lo difícil que es encontrar asideros y límites para definir un lector tan diverso y, además, pretender construir una imagen lo más confiable de la historia y la cultura artística y literaria de México. Historia y cultura que debería decirse en plural.

Proponer un recorrido por la *literatura mexicana* requiere, para comenzar, de acuerdos en varias preguntas. ¿Qué se contemplará como texto literario, qué como mexicano? ¿Qué es el texto literario, qué discurso considera literario quién, por qué razón? ¿Cuándo comienza lo mexicano: con la herencia prehispánica,

con la hispánica-europea, con la independencia?; ¿cuándo comienza lo literario?, ¿según quién? Preguntas cuya complejidad excede los propósitos de estos volúmenes, y que sin embargo deben estar muy claros –al menos en su existencia como problema– al momento de comenzar el recorrido.

La complejidad de estos conceptos la encontramos visibilizada en el segundo volumen, *Época Virreinal*, donde los autores –Dalia Hernández y Dalmacio Rodríguez– advierten la perspectiva desde donde escriben:

Los apartados que se proponen para este capítulo tratan sobre los temas más representativos de la literatura novohispana: crónicas, teatro de evangelización, poesía y vida y obra de Sor Juana Inés de la Cruz. De esta manera se pretende ilustrar el desarrollo de corrientes y géneros literarios predominantes en la época virreinal, así como resaltar a los autores más importantes. La intención de hacer estas calas ha sido abordar con relativa autonomía cada tema (es decir, que sea comprensible en sí mismo), pero sin olvidar el marco general en el cual se inserta; por esta razón se ha procurado ordenar los temas en una secuencia cronológica. Para advertir otros aspectos que son imprescindibles para comprender la literatura novohispana en su dinámica histórico-social, en el presente apartado se explicarán sucintamente los puntos más relevantes que integran y dan unidad a la actividad literaria de este periodo, no sólo para dotar de mayor coherencia al capítulo, sino también para entrever los vínculos pertinentes del sistema literario con el desarrollo social y político de la Nueva España, o dicho en otras palabras, se pretende trazar un panorama general de la literatura novohispana en el que sean visibles los procesos estéticos e ideológicos de continuidad, transformación e interdependencia que consolidaron una tradición literaria peculiar que dará sustento a los siguientes temas de la historia de la literatura mexicana (II, 247).

Cito en extenso porque en esta introducción se muestra el *modus operandi* del volumen: abarcar temas representativos, enfocar los géneros predominantes y los autores destacados, de manera que cada apartado sea autónomo pero permita conectar las conclusiones con el resto de apartados. Finalmente se observan los vínculos que el sistema literario establece con el desarrollo social y político, en este caso, de la Nueva España para visibilizar los procesos estéticos e ideológicos que dan cuerpo a una tradición que los autores, con fortuna y argumentación sólida, proponen como mexicana.

Esta aparente verdad de Perogrullo (que la literatura virreinal es, al mismo tiempo, mexicana y española) es una larga discusión mantenida durante dos siglos. Acuñada en el siglo XIX, la idea de la literatura virreinal como ajena a lo mexicano y derivada únicamente de lo español, es hoy una noción superada. Proviene, en buena medida, de escritores liberales que se esforzaron por crear un hiato entre la cultura prehispánica y la independentista para –con ese movimiento ideológico– presentar los tres siglos virreinales solamente como

un mal episodio de nuestra historia, como una etapa oscurantista que era mejor borrar.

A este respecto, los autores declaran abiertamente que “a lo largo del periodo virreinal se observa que, sin romper con su matriz cultural, la sociedad novohispana adquiere rasgos propios que apuntan hacia la definición de una identidad particular. La compleja construcción del sistema colonial permitió diversas desviaciones del paradigma europeo” (II, 250). Y bajo esa premisa, el volumen dos ofrece largo espacio a los tres géneros predominantes: crónicas de Indias, teatro de evangelización y poesía, y el énfasis está puesto, obviamente, en la Décima Musa, Sor Juana Inés de la Cruz.

Debo apuntar que me resultó extraño no encontrar mayores citas a los trabajos de Antonio Alatorre –no sé cómo se puede hablar de Sor Juana sin aludir al maestro Alatorre– y a la imprescindible antología de *Poesía novohispana* de Martha Lilia Tenorio, que permite reconfigurar el canon al completar y dar un giro al sentado por Méndez Plancarte; sin embargo, también es justo señalar que este último se publicó el mismo año de 2010 en que apareció este segundo volumen.

Aunque he acusado al siglo XIX como creador de un enfoque ideologizado –excluyente, canonizante– de “literatura mexicana”, lo cierto es que la gran tarea de emprender una historia literaria –por razones de legitimación o por una herencia de la época ilustrada esforzada por dar un orden al conocimiento– esa gran tarea comenzó en el afortunado siglo XIX. Guillermo Prieto, José Tomás de Cuéllar, Ignacio Manuel Altamirano, Francisco Pimentel y algunos otros, se preocuparon por escribir breves apuntes para, algún día, redactar la historia literaria. Sin embargo, la empresa de historiar al siglo XIX excede en su ambición cualquier intento por dar cuenta de los autores más notables, los géneros más relevantes y las obras culminantes. A despecho de la mayor parte de la crítica del siglo XX que reiteradamente marginó la literatura decimonónica acusándola de declamatoria, de poco enfocada en la intención artística y de premoderna, las últimas cuatro décadas han mostrado la riqueza de enfoques pertinentes para el estudio de ese siglo. Queda sin embargo la impresión de la imposibilidad de abarcarlo todo o de repetir lo ya dicho, principalmente cuando acerca del siglo XIX está la fundamental obra en tres volúmenes, *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, editada por Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (UNAM, 2005).

No obstante, el propósito didáctico del volumen de Estudios Mexicanos queda cumplido al ofrecer su autor, Miguel Ángel Castro, los contenidos fundamentales para un primer acercamiento al siglo; labor en la que tuvo el acierto de: 1) enfocar las asociaciones literarias como forma de estudiar grupos y tendencias en que la política y las bellas letras se imbrican y entretrejen redes, y 2)

evidenciar las publicaciones periódicas –periódicos cotidianos y revistas– como la forma de difundir las obras, publicadas fragmentariamente, en entregas, en folletín, obras que pocas veces o casi nunca alcanzaron la fortuna de verse entre dos pastas, sino muchas décadas después, cuando centros de investigación y docencia se han encargado de rescatarlas y editarlas.

El siglo XX, por la variedad de autores, géneros, aproximaciones, se dividió en dos volúmenes. El primero apuesta por la reunión de ensayos sobre autores y el enfoque de su obra más conocida. Este procedimiento elegido por Horacio Molano permite reconocer monográficamente ocho autores especialmente reconocidos en el canon vigente: Nellie Campobello, José Vasconcelos, Jaime Sabines, Rosario Castellanos, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Octavio Paz y Carlos Monsiváis, aunque se debe advertir que queda como asignatura pendiente –a desarrollar, tal vez, en las sesiones del diplomado o en sucesivas ediciones– la inserción del autor y su obra como resultado de una singular apropiación o ruptura con la tradición, y de un diálogo con los otros elementos del sistema literario como: las instancias de consagración –academias, editoriales, teatros–, otros agentes –como el público lector y los grupos de la época– y órganos de difusión –las polémicas y los debates que se entablaban en las revistas y antologías publicadas por dichos grupos.

El apartado dedicado a José Vasconcelos lo reconozco como un guiño del CEPE hacia la figura del patriarca fundador, y sobre quien recuerdo haber leído un recomendabilísimo libro editado por este mismo Centro, *José Vasconcelos: proyectos, ideas y contribuciones* (2011) que reunía cinco ensayos luminosos, coordinados por Ligia Fernández, que daban una imagen a varias voces de un hombre fundamental en la cultura vigesémica mexicana.

El Benjamín de este conjunto de libros, el volumen 5, resulta un provocador acercamiento a las últimas décadas del siglo XX, herederas de los vertiginosos cambios ocurridos en la primera mitad, caracterizada por la conformación de grupos estéticos atentos principalmente a las literaturas europeas, la emergencia de distintas vanguardias y la publicación de revistas como auténticos talleres experimentales.

El volumen a cargo de Jorge Muñoz presenta una propuesta en la que parecen caber distintas caras del poliédrico sistema literario: grupos y generaciones, perspectivas temáticas como la urbe, el barrio y los relatos gay, narrativas canónicas y marginales, la visibilización de la mujer poeta –o poetiza, pues en la forma de nombrar está el debate–, la literatura del Norte y la provincia, los géneros recién “descubiertos” como la minificción y, finalmente, un repaso por nombres, listas y grupos de las generaciones emergentes sobre las cuales es difícil establecer un dictamen aún. Como reconoce el autor, mientras hay autores sobre los que ya se puede dar su obra por concluida, hay otro grupo

activo en el medio siglo, pero que “todavía produce obras y en varios aspectos sigue dominando la escena cultural en México”.

Como dije en un principio, un repaso como éste requiere el conocimiento tanto de la bibliografía fundacional –que son los clásicos de cada tema– como de la bibliografía más actualizada. Este último volumen tuvo frente a sí el enorme reto de historiar autores, obras, movimientos estéticos, tendencias y refuncionalizaciones de géneros, temas para los que hay, en su mayor parte, sólo hemerografía, actas de congresos e incipientes estudios, en los que sólo un ojo aguzado es capaz de discriminar el dato útil, la crítica certera, respecto de la enorme cantidad de material poco útil.

En este recorrido, la noción misma de literatura se advierte, al final, como una construcción histórica que ha cambiado en las diferentes épocas de una cultura, y sobre la que conviene no perder de vista que obedece a un entorno económico, histórico, social, artístico que favorece o jalona, propicia o inhibe ciertas prácticas textuales, genéricas y estéticas que conocemos como literatura. Me parece oportuno citar textualmente lo que pregunta Jorge Muñoz en el cierre de su obra y de la colección, y que me parece que resume los cuestionamientos que deben regir la escritura de toda buena historia literaria:

Las certezas de cómo llegan al Olimpo literario obras y autores para formar tradiciones y cánones nacionales [...] se diluyen en cuestionamientos que abarcan desde quién determina qué libro se publica en qué editorial, hasta por qué se realizan homenajes para recordar al poeta nacional (¿quién y por qué determinó que merecía tal título?) O al narrador que realizó un mural de tal o cual sociedad (a qué visión religiosa, política, filosófica o estética se apegó tal “muralista literario”?). A veces los cuestionamientos no aparecen hasta que nos topamos con un autor que nos gusta y nos deslumbra, que resulta superior en calidad a otros que tienen más cartel, pero que está marginado de las listas generacionales, de las mesas de novedades en las librerías, de las entrevistas en los medios de comunicación. En suma, es cuando reflexionamos sobre el campo cultural y su peculiar configuración, tal como lo hizo Pierre Bourdieu en varias de sus obras más agudas (V, 276).

Y es justamente ése el valor principal que encuentro en estos volúmenes: que nos permiten obtener una imagen de conjunto, una visión panorámica, de los cambios, transformaciones, constantes, predominancias y omisiones en la conformación del sistema literario tal como hoy lo conocemos. Nos permite acceder a una visión altamente informada, actualizada y crítica de un conjunto de géneros, autores, obras, grupos, espacios de consagración y órganos de publicación, para acceder a la comprensión y disfrute de la diversa cultura mexicana.

